

El hueco de tu nombre

Llovía como nunca. Las gotas que caían desde arriba, tal y como las observaba Jonás, parecían clavos. Desde allí podía ver su coche. Afortunadamente para él, aquella tormenta había limpiado en segundos la alfombra vegetal de ramas, hojas secas y polvo acumulado que ensuciaba la carrocería y los cristales. Hacía meses que no movía el coche de allí, y si bien había superado el temor a que en cualquier momento una grúa municipal se lo llevara por creerlo abandonado, en su interior sabía y deseaba, que cuando eso ocurriera, algo o alguien le estaba otorgando, y por qué no decir regalando, una señal que esperaba desde hace años. Ese coche era el único medio de transporte que tenía para huir. Pero aquella posibilidad estaba medio muerta. Una posibilidad aparcada que se iba oxidando y pudriendo. Otro tipo de viajes, en tren, o en autobús, le resultaban inútiles. Los trenes, el día que salían, nunca a la hora prevista, lo hacían atestados de gente acentuando a medida que pasaban los años su carga vacuna y animal. Todo aquel que cogía uno de esos trenes, según contaban los ancianos, viajaba hacia ningún lugar a través de noches insomnes y giratorias, para acabar convertido en algo parecido a un perro, o un árbol, y no volver, no volver nunca.

Jonás se retiró de la ventana, y se sentó frente al televisor. Antes tuvo que colocar la manta que cubría los cojines deshechos que componían lo que parecía un sofá. Era una de las primeras cosas que compró con Shila, pero Shila hacía meses que no estaba allí, y por mucho que Jonás se esmerara en mullir los cojines

descosidos, o en estirar aquella manta remetiéndola por las juntas del sofá lo justo para que cuando él se sentara no aprisionara con su peso una arruga que pusiera al descubierto de nuevo el destartado sillón, por mucho que intentara recordar cómo Shila doblaba la manta, y por mucho que lo hiciera, Shila no iba a aparecer. Pero aquel día Jonás tuvo un presagio. Una corazonada más bien. Quizás fue la tormenta. Era la primera vez en años que del cielo caía agua en vez de nieve. Algo debe estar descongelándose allá arriba, pensó Jonás.

La tormenta y la soledad que empezaban a cubrir las calles a medida que la lluvia persistía en su empeño de inundar la tierra y de reconciliarse con ella, eran la señal. Pensó que tal vez Shila podría estar en una estación de trenes, buscando una cabina telefónica, un pequeño hueco entre la manada sudorosa para llamarle. Supuso también que Shila llevaría horas empapada en la calle, dejando atrás su sueño de huída, y volvía cabizbaja a su casa, con el pelo lacio y húmedo pegado a las mejillas, haciendo dibujos de tinta en su cara, extrañas letras de un alfabeto oriental, y los brazos caídos a los lados del cuerpo.

Pero no fue Shila la que llamó aquella noche a la puerta de la casa de Jonás. El que llamó había desaparecido hace mucho tiempo de la cabeza de Jonás, y se podría decir, cometiendo algún error de bulto, que ese alguien, en otro tiempo, había sido amigo de Jonás. Pero ahora no es que no fueran amigos. No habían tenido tiempo de dejar de serlo. Ahora, sencillamente, ese alguien que llamó a la puerta de Jonás no tenía nombre para Jonás. Era, con todo el abismo que implica la palabra cuando se pronuncia, un desconocido, un simple y doloroso desconocido.

Jonás estuvo un buen tiempo con la puerta abierta, mirándole, intentando reconocer algún rasgo familiar en aquel rostro, algún gesto distinto, iluminador, alguna pista en aquel tipo que vestía anorak azul y zapatos de verano. Eso fue lo que más le llamó la atención a Jonás. Los zapatos. Era impensable, con el tiem-

po que hacía, que alguien hubiera tomado la decisión de salir de casa con aquellos zapatos. Quizás, era de los pocos fugitivos que se decía habían vuelto, y que en los periódicos eran tachados de criminales. Uno de aquellos que ahora regresaba, y que Jonás no había visto nunca como lo estaba viendo ahora: con el mapa del mundo roto en los ojos, dispuesto a buscar lo que un día se había visto obligado a abandonar en la ciudad.

Jonás le invitó a pasar y aunque el rostro de ese alguien no dejaba dudas acerca del desconocimiento que provocaba en Jonás, aceptó sumiso la invitación como si no le importara lo más mínimo aquella fugaz amnesia, que sabía, formaba parte ya, como una uña, o un pelo, o un trozo de piel, del cuerpo de todos los habitantes que quedaban allí. Hasta se atrevió a abrazar a Jonás, en un gesto inútil que no provocó, como esperaba, esa mínima erupción en la memoria de Jonás, que hiciera posible un reconocimiento, un abrazo tal vez.

Una vez sentados a la mesa del salón, Jonás le ofreció al desconocido algo para beber. *Que esté caliente, por favor*, contestó el hombre con una voz ronca, y débil. Parecía enfermo. Encogido en la silla a Jonás le recordaba un puño, un círculo de carne compuesto por grandes y abultados dedos entrelazados, como alguno de los cuerdas de Guayasamín, el ecuatoriano que llevaba veinte años desaparecido. Jonás le imaginó deambulando por las calles, tres horas bajo la lluvia persistente, hasta encontrar, por fin, la casa recordada de un amigo suyo, un amigo al que hacía años no había visto. Jonás preparó un café y volvió de nuevo al salón. El hombre estaba inquieto, tenso. Se levantó varias veces de la silla para intentar decir algo, pero el silencio grapaba su boca, y tras cada nuevo intento, volvía a sentarse y a encogerse. Pocas veces miró directamente a los ojos de Jonás. Intentaban, los dos, eso sí, esquivar las miradas, y no eran capaces de conseguirlo del todo. El hombre intentó nuevamente ponerse de

pie, pero no lo consiguió. Todo el esfuerzo gastado en llegar a casa de Jonás, y ahora su cuerpo estaba exhausto. En estos momentos Jonás tenía mucho más claro que aquel hombre sufría en silencio una enfermedad irremediable. El hombre dejó vagar la mirada por la mesa, los platillos de café, las cucharillas, y el azucarero. Intentó coger la taza con las dos manos pero fue imposible. Jonás se levantó y le ayudó. Volvió a sentarse y descubrió en los ojos adormilados del hombre una luz mustia muy parecida al agradecimiento, pero aquella luz se apagó. Jonás sabía que aquello no podía durar mucho más. Tenía que preguntarle algo. El nombre. El nombre era la llave que abriría de una vez por todas la cerradura de su memoria. Pero cuando Jonás preguntó, la respuesta no pudo ser más confusa y más misteriosa.

-Si no lo recuerdas tú, no vale la pena que yo lo diga. Es más, tampoco tiene ningún sentido que siga aquí. Es inútil. Esto quiere decir muchas cosas. Para ti por lo menos. Muchas cosas y una sola.

-¿Qué quiere decir?-, preguntó Jonás.

-Solo quiero que recuerdes un nombre, mi nombre. No te pido tanto. Eres una persona inteligente y los dos sabemos que si yo fuera totalmente desconocido para ti, un extraño al que nunca has visto, no me habrías dado ni tan siquiera la primera oportunidad. Quiero decir que no te habrías molestado en abrirme la puerta. Te habría bastado con mirar por la mirilla y no abrir. Pero el hecho de que abrieras y me dejaras entrar..., todo eso cambia radicalmente las cosas. Y a mí me da una esperanza. Tan solo eso.

En ese momento Jonás recordó una fotografía. Se levantó. Salió del salón y tras rebuscar en una estantería del pasillo llena de libros, periódicos y cajas de cartón atiborradas de objetos inservibles, volvió con una caja de zapatos que colocó en la mesa delante del hombre. Jonás abrió la caja y sacó un taco de fotografías que empezó a revisar. Quería encontrar una en concreto. Una en la que aparecía él, junto a algo que le recordaba vagamente la

cara de aquel hombre. Dio con ella. El abuelo de Jonás y Jonás estaban sentados en un murete hecho de piedras. Detrás, un extenso campo de trigo alto, y al fondo, una montaña iluminada por la luz azulada del invierno. Entre la montaña y ellos, un hombre diminuto había sido congelado en su carrera, y con un brazo al aire parecía gritar algo. Mostró la fotografía al desconocido. Éste la observó en silencio.

-Este soy yo, el del fondo. Quizás no me reconozcas bien. Aquel día grité con todas mis fuerzas. Pero ni tu abuelo ni tu podíais escucharme.-, dijo.-Apenas he cambiado como podrás comprobar. Se podría decir que tengo la misma edad que tenía cuando nos hicieron esta foto. Tú, en cambio, no pareces el mismo.

El hombre echó a un lado la fotografía como si le estorbara para seguir hablando.

-...un nombre. Necesito que lo recuerdes, por favor. Mi nombre.

Jonás volvió a coger la fotografía. La miró y cerró los ojos. Volvió a abrirlos, volvió a mirarla con intensidad, y volvió a cerrar los ojos. El esfuerzo era terrible, impensable, descorazonador. Los dos lo sabían. Jonás vagaba a rastras por las galerías subterráneas de su pasado y salía a la superficie con gravilla en los ojos, con viento, con nada. Volvía a sumergirse y se hundió tanto que llegó a ver la ciudad como era hace años, los paseos iluminados de noche, las paradas de autobús sin gente, y la nieve cayendo mansa y sin peso. Vio a su padre con un pez de plástico en la mano. Luego a su madre. Los dos intentaban rajar el pez con un cuchillo, el pez que estaba lleno de monedas. Siguió hundiendo sus brazos, brazos que ahora eran circulares, globos duros, ojos hambrientos, piedras que miraban cada esquina, cada rincón insospechado, pero volvió a salir con una nada mucho más seca que antes en las manos y en los ojos. Levantó la vista hacia el desconocido y sintió ardor en la cara, los pómulos ardiendo. Desvió la vista. Imposible seguir mirándole. No se atrevía tampoco.

co a decirle que el nombre que buscaba no aparecía en su cabeza.

El desconocido, en ese momento se levantó. No era rencor, o desazón, o amargura lo que hizo que se levantara, y se colocara de espaldas a Jonás, apostado como un francotirador en la ventana. Se sentía triste, defraudado. Estaría pensando que todo aquello formaba parte de un juego macabro, una broma sin fuga en el horizonte, que Jonás se empeñaba en perpetuar hasta el agotamiento.

-Dame alguna pista. Algo que me ayude.-, susurró Jonás.

El desconocido se volvió, y le miró sin fuerza. Atravesó el salón. Tropezó con el posabrazos del sofá y sin querer retiró un trozo de la manta que tan cuidadosamente había colocado Jonás. El sofá, sin cubrir, parecía un pecho abierto por la mitad con todas las vísceras agitadas buscando cobijo entre ellas. Penetró por el oscuro pasillo y Jonás pudo ver perfectamente como su sombra se solapaba y hundía como mantequilla derretida en la oscuridad. Oyó una puerta. Reconoció en ese ruido el leve y agudo chirriar de la puerta de su cuarto y sintió por primera vez miedo. Pero no se trataba de un miedo lacerante que llegara cargado de sudor y de angustia. Era un miedo primitivo, atávico. Un miedo, como acabó por contarme Jonás, una vez que pude descubrir que era él, el hombre al que yo estaba buscando, que reconocía muy bien, y que le transportaba a la infancia, cuando por primera vez recordaba haber sentido miedo, a los tres años, la primera pesadilla que recuerda, *Cuando un sueño me reveló por primera vez la naturaleza, antes de haberla visto nunca, y me vi perdido en un bosque, pero no era un bosque real. Se trataba de un bosque imaginado por mi sueño. Un bosque iluminado a rachas por una luz que salía del suelo y salía del cielo y se difuminaba en el aire como humo. Los árboles eran de corcho, de dimensiones impredecibles. Cada vez que daba un paso agrandaban o disminuían su ta-*

maño. Y yo mismo sabía que aunque no hubiera otra opción lo peor era quedarse quieto. Pero sabía que andar no era posible porque mis músculos no respondían a mis mandatos, aunque los golpeará yo mismo con toda la rabia del mundo.

El desconocido se quedó a dormir en la casa de Jonás. Y a altas horas de la madrugada, como también me contó Jonás, Jonás entró en su cuarto, ahora ocupado por aquel desconocido, y se quedó observándole toda la noche, viéndole dormir. No vio nada raro. Aquel hombre dormía igual que había visto dormir a mucha gente. Respiraba de la misma manera que cualquier hombre. Roncaba y se agitaba dentro de su sueño, igual que cualquier hombre. No había nada extraño en él. Pero Jonás cometió un fallo aquella noche. También se quedó dormido. Arrumbado y con el cuello doblado en una dolorosa posición, sentado en la silla desde la que le había estado observando dormir al desconocido, el sueño le pudo. Recuerda pocas cosas. Según me ha dicho, al despertar, le extrañó no ver a aquel hombre tumbado en la cama. Se levantó, buscó por toda la casa y no encontró ni rastro. En ese momento, mientras seguía abriendo puertas, armarios, mirando debajo de las camas, los sillones, las columnas de la casa, sintió que aquel desconocido había hurgado en su nombre, y que su nombre ya no sonaba igual que antes, lo pronunció varias veces frente al espejo y su nombre no correspondía con su rostro. Se asustó y preso del pánico salió a la calle. Seguía lloviendo. La gente en la misma posición que la noche anterior, aterida de frío en las paradas de los autobuses, esperando huir, huir de alguna forma, o por lo menos estar preparados para hacerlo. Cada una de aquellas personas tenía una maleta, una maleta que agarraban con fuerza y que protegían, desconfiados ante cualquier mirada extraña. Jonás sintió clavarse en su cuerpo aquellas miradas y buscó los ojos del hombre que le había visitado entre los rostros de la multitud que se protegía de la lluvia bajo los techos de plástico y cristal. Recorrió andando los cuatro kilómetros que le separaban de una de las grandes estaciones de Ferrocarril. Una de las treinta estaciones que rodeaban como almenas de invisibles murallas la

ciudad. Cuando llegó frente a la estación número 6 de la Zona Sur se detuvo fascinado frente a aquel hangar gigantesco construido de hierro y ladrillo a mediados del Siglo XIX para acoger en su interior los nuevos inventos con los que la humanidad, en un leve y arriesgado ejercicio prometeico, intentaba acoger para sí palabras como luz, velocidad, sonido, o calor. En la entrada, tras dos horas de espera en una cola interminable, le pidieron el nombre. Mediante un registro altamente cualificado y de una sofisticación casi divina, el solo hecho de mencionar el nombre frente a uno de los muchos funcionarios que impedían la entrada a aquella y a otras estaciones, anulaba o permitía la entrada. Si alguien intentaba entrar con un nombre falso, más tarde o más temprano, sería descubierto y castigado. Ahora, cuando Jonás pronunció su nombre, los torniquetes se abrieron al instante y Jonás pudo entrar en la estación. Se abrió paso como pudo entre la gente sentada, tumbada en maletas y colchones, gente dormitando, y gente mirando a ningún sitio. Consiguió llegar a la primera planta, y llamó a uno de los ascensores que descendían a una velocidad de vértigo hacia las plantas inferiores donde se encontraban los andenes.

Y allí fue donde yo conocí a Jonás. Allí fue donde la hablé de uno de los fallos que había descubierto en el sistema de seguridad que garantizaba la libertad interna y el nulo tránsito en todos los lugares del Estado, incluyendo la capital, la ciudad donde nos encontrábamos. Le vi perdido, asustado. Me recordó a otras personas, a otros seres desconocidos a los que como a él, les habían robado el hueco que oculta el nombre. En sus ojos vi una desesperación completa, una desolada imagen que a mí y a mis compañeros, funcionarios como yo en aquella maquinaria tan bien engrasada, siempre nos provocaba arcadas. A algunos más que otros. Había compañeros míos que disfrutaban con aquella visión. Le agarré del brazo y me lo llevé a un lado. Le dije que le podía ayudar, que confiara en mí. Pero no me creyó. Estaba dispuesto a irse cuando le dije que esperara, que me dejara explicarle, que tenía que creerme. Le señalé la pared llena de puertas

metálicas de los ascensores. Le dije que observara con detenimiento, que se fijara en la puerta número 2. Un viejo con boina negra esperaba junto a dos niños a que se abriera el ascensor. Se abrió y entraron dentro. Las puertas volvieron a cerrarse. Insistí para que esperara. Siempre ocurría lo mismo, pero ninguno, nadie que no trabajara allí se daba cuenta. Al cabo de unos veinte segundos volvieron a abrirse las puertas del ascensor, y el viejo, junto con los dos niños, apareció de nuevo, desorientado. Desde los andenes los escupen. No les dejan estar allá abajo. Bajan con el sueño de poder irse, pero vuelven al instante. Confía en mí, volví a decirle. Conozco este lugar como la palma de mi mano. Entonces Jonás se tranquilizó. Me miró a los ojos y miró asustado hacia los lados. Yo le hice una seña a uno de mis compañeros para que ocupara mi puesto. Cabeceó hacia los lados, e incluso me amenazó con denunciarme, pero esta vez me tocaba a mí, esta vez iba a ser yo el que consiguiera que uno de aquellos seres humanos se diera cuenta de la gran farsa en la que estábamos metidos todos hasta el cuello. Si no lo conseguía me liquidaban. Pero merecía la pena intentarlo. Finalmente me hizo un gesto como diciendo que podía ir. No lo hacíamos todos los días. Aunque todos los días veíamos a alguien con la misma amargura en el rostro y el mismo desamparo que yo vi en Jonás. Veíamos mucha gente así. A punto de descubrirlo todo, y si no decíamos nada, contraviniendo las reglas que nos impedían y prohibían hablar con cualquiera de aquellos viajeros, como les llamaban eufemísticamente, aunque no salieran nunca de allí, era porque teníamos miedo, porque en el momento en el que alguno descubriera en nosotros aquella falta grave nos expulsarían de aquel lugar creo que nos liquidaban. Me escondí con Jonás detrás de un biombo que protegía la planta en la que nos encontrábamos. Envueltos entre árboles y vegetación, con un abismo de tres pisos bajo nuestros pies, empezó a hablarme. Fue entonces cuando más calmado, las palabras empezaron a salir a borbotones y atropelladamente de su boca, y el grueso de la historia que acabo de contar, me obligó a contarle lo que nunca había confesado. Creí que Jonás era distinto y que me creería. Que Jonás era, por su aspecto, por su manera

de andar, mirando todo con frescura en los ojos, y caminando sin aplomo y sin miedo, el primero que podría desencadenar el plan que yo y mis compañeros habíamos trazado para que todo se viniera abajo y para que la gente volviera a sus casas y se olvidara de huir. Le agarré de los hombros para que me escuchara. Le dije que le habían robado el nombre y que no tenía escapatoria. Le dije que el fallo en el sistema, el que habíamos encontrado mis compañeros y yo tras largos años de trabajo en aquella estación, posibilitaba que alguien entrara en la estación con nombre falso, pero no permitía su salida. Normalmente, todos los que están aquí, o perdieron el nombre, o entraron con nombre falso. Alguien se lo robo. Una vez robado el nombre, al que se lo roban, no tiene consciencia de ello. Esta mañana, alguien entró a este lugar con tu nombre, le dije. Fue la misma persona que estuvo en tu casa, y haciéndose pasar por alguien conocido robó tus datos y se apropió de ellos con la falsa idea de llegar aquí y huir, coger uno de los trenes que anuncian su salida hacia otros lugares, pero que esperan inmóviles, como grandes insectos, en los andenes de la estación, a que se formalice el registro de todos los viajeros, cosa que nunca se hará. Le dije que una vez que eso ocurría, una vez que dos personas entraban en la estación con el mismo nombre, y pasaban los controles de seguridad con el mismo nombre, el sistema de salida automáticamente se bloqueaba, y esas dos personas se quedaban allí para siempre. Le dije también que en este lugar había gente que llevaba viviendo meses, incluso años, que si quería comprobarlo con sus ojos, yo mismo le llevaría hasta los sótanos bajo las vías, para que viera en qué condiciones vivía aquella gente. Ninguno de ellos, también le dije, tiene nombre ya. Se han cansado, insistí, de buscar a la persona que entró por ellos con su nombre a la estación, y a la que confundieron con un amigo y un buen día, dejaron entrar en su casa. Jonás atendió a todo lo que le dije. No podía creerlo. No podía admitirlo. Negaba con la cabeza e intentaba dejarme atrás, confundirse con la multitud, acabar de una vez por todas con aquella pesadilla. Le agarré con fuerza de los brazos y le dije que todavía había una posibilidad, por eso le había hablado, porque pensaba que Jonás podría hacer-

lo. Pero Jonás estaba demasiado nervioso y aunque afirmaba una y otra vez que sí, que haría todo lo que yo le indicara, que me iba a hacer caso, su mente estaba perdida, alucinada. No quiero que hagas lo mismo que han hecho los demás, los que han podido escapar de aquí, le dije. Ellos han conseguido huir y ahora estarán buscando una casa, con alguien dentro al que puedan robarle el nombre, y si lo consiguen, ya no será uno el que vuelva aquí, lo harán dos, le dije, y así el número aumenta día a día, un número imparable, le dije. Hay Treinta estaciones en esta ciudad. Y al aparato estatal le interesa que esto ocurra, ¿No te das cuenta?, le grité. Pero aunque estuve a punto de golpearle para que me escuchara, para que dejara de llorar y para que escuchara atentamente mis instrucciones, Jonás se había convertido ya en uno de ellos. Quizás porque no tenía otra cosa que hacer, y porque sentía en el fondo que le había contado la verdad, me dijo a todo que sí, y llevó a cabo la primera parte del plan. Nadie más que él, hasta ese momento, se había atrevido a tanto. Nadie demostró, antes que él, tal desprecio y tal valentía. Bajó conmigo en uno de los ascensores, el número 32, y llegamos al andén más profundo, el que contenía mayor número de viajeros esperando. Le dije que estuviera tranquilo, que no hiciera ningún movimiento que nos delatase, que andara con la mirada hacia el suelo, y que por nada del mundo clavara en la gente sus ojos. Lo que tenía que hacer era muy fácil. Normalmente, aparte de nuestro rutinario trabajo de registro y de identificación, estamos capacitados y sobre todo autorizados para detener a determinadas personas que se pasan más de una hora en el mismo sitio. No lo hacemos porque eso supondría pasarse todo el tiempo deteniendo a todos y cada uno de los que se encuentran en cada una de las cuatro plantas de la estación, y las cinco subterráneas. Pero aunque no era común, el hecho de que yo lo hiciera, no levantaría ninguna sospecha entre nuestros superiores, que nos observaban en todo momento desde los monitores. Se lo dije a Jonás, le dije que la mejor manera de pasar desapercibidos era deteniéndole. Luego, una vez en los andenes, frente a las locomotoras paradas, frente a la inmensa cantidad de gente que esperaba a que aquellas locomotoras echaran a

andar, o por lo menos encendieran su compleja maquinaria, tenía que elegir un vagón al azar y subirse. Si lo hacía con normalidad todo el mundo subiría tras él. Si no decía nada, y ascendía a uno de los vagones en silencio todo volvería a ser como antes. Yo estaría con él. Yo le ayudaría a hacerlo. Si había confiado en mí hasta ahora no podía dejar de hacerlo. Lo peor ya ha pasado, le dije. Y esto se lo dije para animarle, aunque no me creyera, para que entendiera que lo que estábamos haciendo lo habían intentado muchos, pero no le dije que ninguno había llegado hasta el final.

Entonces Jonás se volvió hacia mí, y me preguntó, ¿Cuál es el final? Pero creo que no le dio tiempo a acabar la frase, porque en ese instante le empujé. Consiguió mantener el equilibrio durante unos segundos, pero al final, debido al fuerte empujón, cayó contra las vías, y su cabeza se abrió como un melón contra el hierro de uno de los raíles. Eso era lo que necesitaban ellos, los que mandaban sobre nosotros. No sé por qué lo hice. Le repetí que no hablara, que subiera en silencio, que no mirara atrás y que no preguntara nada. ¿Por qué preguntó aquello?, ¿Por qué preguntó por el final?, no era como el resto.

La gente empezó a gritar. Todos y cada uno de los hombres inmóviles que esperaban en los andenes, echó a correr de un lado a otro, y yo mismo pude comprobar que con aquella muerte el sistema de seguridad absoluta se había roto, porque algo dentro de aquella algarabía, de aquel cúmulo de gritos y llantos, de aquel correr hacia ningún sitio de miles y miles de personas, indicaba que nada volvería a ser como antes, aunque Jonás me hubiera hecho aquella inútil pregunta.

El hueco de tu nombre, de Jabo H. Pizarroso, pertenece al libro de cuentos
La Belleza del Miedo (Inédito)